

El lienzo animado (En la urdimbre de José Fuentes Manfredi)

Antes de comenzar la introducción a esta obra, que la confianza y el afecto del autor ha propiciado, pienso que es necesario dejar al hipotético lector unas breves líneas de advertencia. Primero: que el hecho de escribir un prólogo no significa que se abarque por entero la complejidad de un escritor, las claves que subyacen sobre un universo real e imaginario que cada cual enfocará según su personal criterio. Segundo: que después de adentrarme por el laberinto o fábula de espejos y encrucijadas que Fuentes Manfredi nos propone, siento no estar capacitada para ser la Ariadna idónea portadora del ovillo, y mucho menos de la espada, que guíe a ningún Teseo por tan imaginativos vericuetos.

Por supuesto, si en este libro de sincretismos y contrastes existe un monstruo, será siempre el que el autor combate con las incruentas armas de su palabra; el de la injusticia y el dolor, el monstruo de los abusos del poder en todas las épocas, el del hambre y la miseria, el de las vejaciones y la codicia, el de las guerras y la maldad. En definitiva, todo aquello que oprime y esclaviza, que opaca y que silencia la conciencia del mundo.

Fuentes Manfredi, desde su propio fondo o su particular memoria, ajusta cuentas colectivas, a menudo personales, y de paso combate frente a su propio yo, convencido también de que en todo ser humano, por bueno que éste se crea, anida una parte oscura que siempre es necesario derrotar.

Y por último que, para una mayor comprensión de la trayectoria literaria y vital del creador que hoy nos ocupa, yo recomendaría —aparte claro está de la lectura de sus libros— el análisis profundo, admirable ensayo que en torno al personaje y su obra ha realizado, el pensador y poeta Jesús

Moreno Sanz, como pórtico de su, por ahora, último libro, *Clamor de las altas tierras*.

O también, el magnífico y poético prólogo del artista Zamo Tamay para su *De la mano de los vientos del sur*, entre otros, dicho lo cual, subrayo lo subjetivo de mi propia mirada hacia esta singular urdimbre donde José Fuentes Manfredi, mediante pinceladas enérgicas, nos mantiene atrapados.

En cierta ocasión Irleamar Chiampi afirmó que: «*Pensar el barroco ha significado para el hombre moderno pensarse a sí mismo*», pienso que más o menos lo que viene a decir es que no es que vuelva de alguna forma esa manifestación estilística que reinó durante dos siglos, no, sino que despojada de limitaciones decadentes, se busca de nuevo esa fuerza generadora y subversiva, esa tensión libertaria de mezclas de géneros y de lenguajes, sin barreras que asfixien la creación expansiva, sin trabas, ni fronteras que encorseten estilos o particulares formas de expresión.

Al adentrarse en *El pino y las Meninas* de José Fuentes Manfredi se percibe ese viento liberador que el autor ha querido plasmar en esta obra, mediante el poder de asimilación barroca, y a la vez, tan contemporáneamente unitivo. Una especie de *patchwork* metafórico donde todo se anuda frente a un recorrido iniciático y un final sorpresivo que, lógicamente, no desvelaremos aquí.

Debo dejar muy claro lo que pienso y es lo siguiente, que, al igual que los molinos manchegos creados por la tan lógica locura cervantina no eran molinos; o la pipa de Magritte no era una pipa, esta novela no es una novela. Ni el pino es un pino en realidad, ni las meninas —que son cuatro y no tres, por licencia poética de su autor— son tales meninas, por mucho que Fuentes Manfredi las haya recreado mediante la palabra, o que Pablo, el protagonista del relato, con pasión y con vértigo les corte y cosa trajes mediante los pinceles en una orgía voluptuosa de pasión y colores, de gestos y de vida frente al testigo impávido de don Diego Velázquez.

Parece que la idea inicial de este libro de mezclas y mixturas con una carga sutil de trágica resonancia, acaba por independizarse, y los personajes que encarnan estas meninas, libres y fugitivas, que no se dejan literaturizar aunque escuchen tan dóciles, o tan contestatarias, al igual que sucedió con el inmortal lienzo, siempre escapan con vida propia de las manos del escritor, huyendo de tramas, entretelas, bastidores y costuras terminando por rebelarse, desarrollando su propia representación ante el propio autor que en el transcurso del relato, y en una suerte meta-literaria, termina por parecer un lector más, un expectante observador de sus propios recursos imaginativos, o de su propio mundo de recuerdos, tan reales y auténticos, por otra parte...

LA HISTORIA ENTRE SECRETOS

El inicio de *El pino y las meninas* comienza con una declaración de intenciones, una confesión íntima con la certeza de lo irrevocable. En un tiempo real, que es el presente, con su carga de desencanto hacia «*El vacío más terrible de esta sociedad a la que cada uno de nosotros ha ido alimentando, unos pocos con voces y otros muchos con silencios [...]*»

La lectura de *Cien años de soledad*, el mítico libro de García Márquez, sobrevolando álamos y páginas, aviva los recuerdos del nieto adulto de Pablo, el personaje principal de esta obra, el cual regresa mentalmente a la onírica realidad de su infancia, entre, «*el olor de la pólvora de los fusiles que terminaron con la vida del bueno de Aureliano (Buendía) o quién sabe —se pregunta— si con la de mi abuelo [...]*»

Una desaparición que atraviesa como una diagonal barroca la «*Historia de una confidencia*» subtítulo verdaderamente significativo para la comprensión de este complejo y fascinante libro.

En búsqueda proustiana de otro tiempo perdido, creador y espectador simultáneo de su propia ficción, y también de una memoria alerta, Fuentes sabe que de todas las guerras se sale siempre siendo perdedor y, que los personajes terminarán siendo absorbidos por la sangre y la piel del que los ha creado, puesto que lo ficticio en absoluto difiere a veces de la propia vida.

José Fuentes no renuncia a ninguna posibilidad narrativa que la caótica contemporaneidad le ofrece, una transposición de tiempos y situaciones, junto a un activo universo literario, forman una cosmogonía donde conceptos, verdades y ficciones se enlazan y entrelazan en una bien urdida dispersión de metáforas que canaliza hacia su creativo mundo.

Dividida en catorce capítulos, cada uno de los cuales lo encabeza un sugerente y revelador enunciado, la inocencia de un niño abre la estancia clausurada del abuelo ausente y, a la vez que elabora un retrato diacrónico del mismo, cartas y documentos encontrados allí nos irán desvelando enigmas y secretos donde esta fábula de *El pino y las meninas* comenzará a cobrar cuerpo y consistencia, implicando al lector que se convierte en cómplice de la misma para poder seguir mejor la estructura de la particular magia que impone lo narrado.

Las pausas de esta ausencia, en los meandros del relato, poseen la capacidad de integrar en un cuadro la historia colectiva e historias familiares, anacronismos, aventura individual, ficción y recreación de la intrahistoria a través de tiempos pasados y presentes, rastreo autobiográfico, meta-literatura, rasgos antropomorfos, elementos simbólicos, múltiples desdo-

blamientos de personajes, planteamientos ambiguos y animados diálogos ante los temas existenciales y ante los sentimientos, soliloquios internos, correlaciones, intertextualidad, tramos de luz en la oscuridad de un marcado carácter poético, la ecología como defensa y ética, y una diversidad temática de tiempos y lecturas de otras obras que se engarzan vertiginosamente sobre el cuadro animado. Pesadillas y sueños, reflexión y obsesiones, se mezclan sin estorbarse en la vorágine gestual y omnívora de la escritura de Fuentes Manfredi.

Para ello, y para no perderse, se ha de leer este libro más con el corazón que con los ojos, como aconseja Pablo a su nieto o, acaso, como el propio José Fuentes que, en diálogo con la Luna, nos recuerda en un libro suyo anterior:

«Sólo se pierde aquel corazón al que obligan a caminar por sendas que él mismo rechaza. Él jamás se pierde si lo dejan actuar solo[...].»

A veces circular y otras elíptica, la historia se vertebra en torno al encargo especial a Pablo de un cuadro cuya temática ha de ser la de *Cuatro meninas modernas, de colores muy vivos*, para que presidan el desnudo salón de la casa de una de sus hijas.

Al aceptar la caprichosa propuesta, el personaje se verá envuelto en una vertiginosa trama que desembocará en una serie de inexplicables acontecimientos derivados de la gestación de tan singular obra, que obligará al lector a separarse de todo espíritu racional o lógico, puesto que magia y realidad se intercambiarán funciones, alternándose, en el instante mismo en que se inicia el proceso.

La vieja viga ennegrecida de un pino piñonero infectada de clavos, sacada de un almacén de reciclaje para servirle de soporte al lienzo, será clave importante para el desarrollo de los futuros acontecimientos.

La sencilla tarea del corte de esa viga termina produciendo en el protagonista una perturbadora conmoción, al sentir en su interior, como si se tratase de un sortilegio, el dolor desgarrado de la madera, como si en ese íntimo grito la naturaleza se rebelara, atravesándolo, lo mismo que si perforara el tiempo.

El bastidor por tanto, formado por los listones de tan extraño ejemplar, aumentará la fuerza sustantiva del cuadro a la vez que del propio relato, en una concentración de emociones desnudas y primarias; de pensamientos profundos que avanzan en todas direcciones, liberados de todo cuanto pueda condicionarlos, entre espacios diversos que multiplican efectos perfilando las luces y las sombras de una España, o de un mundo, que don

Diego refleja en sus meninas inmortales y que Fuentes intuye. Códice cartesiano que nos obliga a ver, y a desnudarnos viendo, por entre las bambalinas de la historia común, laberinto que la palabra muestra y la luz focaliza, aunque sabemos que la luz, como la oscuridad, puede ser en sí misma inexplicable.

COLORES PARA UN SUEÑO

Los colores primarios: el azul, tan lírico y creativo; el amarillo, que gira sus pupilas hacia el oro del sol con una luminosa energía; el rojo apasionado como llama y deseo, en combustión o convulsión constante; y un color más, el verde, el relajante verde, sereno estanque donde puedan mirarse sin opacidades, que el escritor agrega para que Pablo y sus amigos formen esas cuatro figuras de meninas, ahora febrilmente recreadas, desde los espejos del pasado.

Esos cuatro colores, que al igual que las jóvenes de aquel jardín legendario de Akbar el Grande, donde afirman que se inventó el juego del parchís, forman las cuatro fichas, o los cuatro elementos, y avanzan y retroceden a capricho del dado de su autor por las casillas de la historia, en torno al trono-centro de la trama. Cobran vida en la moderna casa, hablan en libertad, entran y salen mediante la dialéctica, en este juego serio, donde coexisten pasillos, salidas y seguros, puentes y metas, a la vez que nadie puede escapar a este engranaje de superpuestas mallas del tablero del tiempo que engulle y esclaviza, aunque también les marque los puntos de ruptura.

Es esta una narración antropomorfa donde el hombre, Pablo, del que se van aumentando datos a medida que se avanza en la lectura, y el Pino, que ejerce de alter ego o de conciencia, las dos figuras principales de esta fábula literaria o novela, dialogan con la vida y la muerte y se funden a la vez en un todo simbólico. Se identifican bajo una misma mirada, y, en un común latido, el de la naturaleza donde todo se escucha y se transforma, y donde todo puede ser aprovechable.

Un reciclaje continuo de ideas, palabras y sueños, que nos llegan de lejos, muy de lejos, a la vez que cercanos, mediante la escritura de la vida donde todo se mezcla y contamina en un fecundo, libre, y enriquecedor mestizaje.

Ambos, árbol y ser humano, estarán siempre de parte de los débiles y de los oprimidos, de los seres que aplastan los poderes del mundo, de los perseguidos o marginados.

La naturaleza cobra un especial protagonismo al erigirse el autor, a través de sus personajes de ficción, en defensa de todo lo que vive y es amenazado, ya pertenezca al reino vegetal o al animal.

Fuentes Manfredi, aunque contemporáneo en sus planteamientos, atiende especialmente a las antiguas culturas cuya lentitud fomentaba la diversidad, desarrollo y crecimiento, buscando el estrecho vínculo con todo, sin separaciones ni rupturas entre seres humanos, árboles, animales o plantas en relación estrecha con la tradición y la viva cultura de la tierra, tan sufrida y gozada. Y aunque sepa que no deja de ser una hermosa utopía ese perdido diálogo, teje en torno a lo ecológico una esencial metafísica donde viene a recordarnos que tanto la Naturaleza como el Arte salvan de alguna manera al ser humano, al que también acusa de destruir todo lo auténticamente valioso que nos ha sido entregado como herencia para las sucesivas generaciones.

«Nos ha sido dada esta maravillosa vida, a mí —habla el Pino en la página 138— como árbol y a ellos como personas para, además de disfrutarla, mejorarla para las generaciones futuras, y sin embargo los hombres se han empeñado en creerse que todo les pertenece y es por lo que tienen derecho a manipularlo todo y, en el peor de los casos, destruirlo a su antojo».

Aquí se escuchan voces en las salas vacías, porque los personajes no son meras pinturas animadas, son figuras pensantes que dialogan y que se contradicen, y el lector tiene la sensación de estar ante unos seres abiertamente vivos a consideraciones intelectuales. Voces que saben dialogar, que se alzan sobre las injusticias, sobre los atropellos, y que como el autor, odian así mismo los silencios, cómplices de tantas ignominias, aunque el silencio vivo, con acento creador se ame y respete.

La prosa de Fuentes cuaja a veces en exabruptos, enconada argamasa que exhibe contra todo lo que lo mortifica desde siempre, tritura las palabras que rebotan a veces sobre la pared terca de lo que lo perturba; su contestataria perplejidad ante la idea de Dios y lo creado, su repulsa hacia una Iglesia oficialista, que parece alejada del sentido de las enseñanzas de Jesús en los Evangelios, furor que roza lo anticlerical, en una sucesión de imágenes que a veces plasma deformadas y, que, como aquellos esqueletos enjorjados que hallamos en las *Postrimerías* de su paisano Valdés Leal, muestra la podredumbre que habita en los poderes. La calavera entonces mira desde un fondo de sombras que nos desasosiega...

Descontento del mundo, e incluso de sí mismo, su *corazón* —nos dice— *no sabe contenerse*.

Pero yo pienso, que el mejor Fuentes, es sin duda el que abraza los ríos universales y resguarda su esencia en recipientes que transparenta el alba.

Un puñado de arena y agua que perdura para siempre en los anaqueles de la memoria, y en las estanterías del corazón, en los textos que acercan las culturas, y las lenguas hermanas, y las correspondencias, y las analogías sobre los mares de distintas orillas.

El Fuentes que se baña en cada río que visita, en cada poza o en cada cenote, en las aguas de todas las corrientes mientras busca su propio cauce y sueña con sumergirse algún día en el sagrado Ganges, en esa orilla hasta de purificaciones, en las aguas mezcladas con la ceniza de esa pira, donde su corazón arde en secreto.

Fuentes Manfredi, que tiene a la Luna como amante de luz secreta y cierta, si el Paraíso existiera, no dudaría en comer de lo prohibido para ver cómo sabe el agridulce fruto —tantas veces amargo— del árbol claro del Conocimiento.

Adorador del árbol, a su sombra, en su abrazo, entona un canto como los hititas, y extrae la savia para sus verdades.

De la prosa que brota de la tierra escarba sus motivos. Y colecciona piedras; la lítica grafía de las piedras, la domeñada arista del cantero que alza la arquitectura de un lenguaje de andamios y acarreo hasta elevar los muros verticales sobre el sentido horizontal del tiempo.

De la fascinación que siente por Velázquez y su famoso cuadro, ya ha dejado constancia en otro de sus libros: *Miradas de cernícalo*, donde lo onírico de ese *realismo mágico*, también se halla presente.

En este libro de *El pino y las meninas*, de alguna forma ejerce de chamán, por caminos imposibles, y desde la transparencia de la propia memoria, nos recuerda que existen dos clases de locura: la benéfica, creadora y solidaria en libertad, que construye y abraza, que sustenta y respeta, y, por el contrario, la locura invertida y perversa donde la destrucción y la crueldad, la codicia del hombre y la barbarie, puede terminar por deshacer todo lo noble y bueno que el Universo guarda...

Y, para terminar, he de advertir que estoy absolutamente convencida de que esta introducción fija muy poco de lo que en la lectura de esta fábula encontraremos.

Son tan sólo palabras. Pienso que, como en un juego de espejos cervantinos, que en realidad este libro representa, cada lector sacará sus conclusiones, descubrirá una fábula distinta, y será dueño del ovillo y la espada que lo conducirá, triunfante y sabio, por la urdimbre secreta y fabulada, de este particular *cuadro animado*.